

JORGE TEILLIER. *POEMAS DE LA REALIDAD SECRETA*. MADRID:
VISOR LIBROS, 2019. 210 P.

Jorge Teillier Sandoval (fallecido en 1996 a los sesenta años) dejó para la poesía el legado del *larismo* chileno, una creación exclusiva que logró, finalmente, aunar a una serie de poetas –la mayoría del sur– que tratan de aquella zona geográfica delimitada por componentes toponímicos y físicos que no pueden operar sin los paisajes donde la naturaleza cobra vida personificándose en lo cotidiano, donde el hombre es un engranaje más y, cuya nostalgia, antecede la desaparición total del sujeto ante el inexorable avance industrial. La máxima tolstoiana –que no sabemos realmente si fue dicha de esta forma por el conde León Nikoláievich Tolstói: “describe tu aldea y describirás al mundo” o más bien sabemos que el mito superó al original, al parecer “si quieres cantar la tierra inmensa, canta la aldea donde naciste”– nos permite introducir perfectamente el tema del lar y Jorge Teillier, a propósito de *Poemas de la realidad secreta* publicada este año por Visor con selección y prólogo de Francisco Véjar.

También, a modo de preludio, algunas palabras necesarias sobre Véjar que –dada su intensa amistad con el autor de *Cartas para reinas de otras primaveras* (1985) por casi una década y sus oficios de poeta, cronista y crítico literario– es la persona más indicada para guiarnos hacia el corpus de la poética teillieriana. Véjar tiene ya una importante experiencia como antologador: *Imágenes quebradas* (1998), *Antología de la joven poesía chilena* (1999) y *Lo soñé o fue verdad* (2003), también concerniente al poeta lautarino. Esa impronta se hace evidencia al momento de terminar de leer *Poemas de la realidad secreta* en su totalidad. Por su parte, Visor Libros, probablemente la más prestigiosa cadena editorial de poesía en lengua española, que acaba de cumplir medio siglo el 2018 con más de un millar de libros publicados, debiese sentir una gran satisfacción entregando una obra sólida y universal que, hace tiempo, reclamaban sus lectores. Lo digo, no por un afán chauvinista de “chilenidad”, sino porque los poemas de Jorge nacieron, crecieron y se mantienen con una voz única y madura desde que era un muchacho en el pueblo de Lautaro –cuando este fue un paso en la frontera con el indómito sur mapuche y la colonización alemana, suiza y francesa a orillas del ferrocarril– hasta el último de sus versos. El título de la antología, extraído de un verso de *Los dominios perdidos*, nos lleva a esa constante ensoñación que su poética propone; de hecho, los versos iniciales del poema dicen:

Pues lo que importa no es la luz que encendemos día a día,
sino la que alguna vez apagamos
para guardar la memoria secreta de la luz.
Lo que importa no es la casa de todos los días
sino aquella oculta en un recodo de los sueños.

Sueños que, con solo 21 años y la publicación de *Para ángeles y gorriones* (1956), Jorge Octavio Teillier Sandoval, hijo de Fernando Teillier Morín y Sara Sandoval Matus, comienza a forjar, como el mismo lo reconoce, en los pupitres escolares de la Alianza Francesa, en la ciudad comuna de Victoria perteneciente a la Provincia de Malleco, ubicada a unos 35 kilómetros de la natal Lautaro, cuando éste tenía apenas 16 años y reconocía en un poema que le parecía ajeno, el poema propio.

No es de extrañar entonces que, uniendo su original biografía, el dominio que poseía de toda la tradición literaria francófona, las prematuras lecturas de toda la saga de aventuras que se podía disponer en los años treinta, haya deslumbrado a una de las generaciones más cosmopolitas y complejas de nuestra literatura, como es la generada en los años iniciales de la guerra fría, ejes que en Chile alimentaron los autores del 50. Junto a Efraín Barquero, Pablo Guíñez, Alberto Rubio, Rolando Cárdenas, Stella Díaz Varín, Miguel Arteché, Pedro Lastra, Delia Domínguez, Armando Uribe o Enrique Lihn dieron fondo y forma frente a las alternativas nerudianas, y posteriormente parrianas, que hacen de nuestro país una constante generación de nueva poesía a partir de un lugar propio y reconocible.

No solamente Rilke (de quien toma la concepción lárca y el arraigo en la morada), Tralk, o Esenin podemos atisbar en esta poética; también podría rastrearse a los polacos Adam Mickiewicz o el Premio Nobel Czeslaw Milosz, detrás de su arquitectura, o antes el poeta lituano Oscar V. de Lubicz-Milosz (que fue traducido por D'Halmar y muy difundido entre esta generación). Todos ellos hermanados en la atenta observación de la aldea o la ausencia de sus tradiciones ante el inevitable desarraigo que determina el avance de la modernidad. La anécdota del día a día en lugares donde los años duermen y despiertan según las estaciones del calor o el frío.

He mencionado una buena cantidad de escritores en el párrafo anterior, con un propósito casi evidente: leer el universo de relaciones que la obra de Teillier prodiga, resaltando el ejercicio de un estudio comparado que tendría campo fértil aquí, tanto como los recursos que permiten imponer la atmósfera de sus textos sobre la insoportable temporalidad. Imaginemos la correspondencia en tópicos geográficos, por ejemplo, y la cadena de personajes entre uno y otro lado del mundo. En este sentido es interesante la propuesta que hace Véjar, con respecto a la poética teilleriana, despejándola de esos textos que eran aproximaciones a poetas de otras latitudes; tal es el caso de "El bosque mágico" (De *El molino y la higuera*), que es literalmente una traducción del poema homónimo de Henry Treece, poeta galés, cercano a la generación de Dylan Thomas.

Una lectura genuina del universo más propio de su mundo perdido. Entonces esta obra ya no es otra antología, por cierto, de orgullo al publicarse para toda Hispanoamérica; ahora es un documento de análisis sobre un autor clave, que leeremos con un goce renovado pues se constituye desde el aprecio y la razón por partes iguales.

El libro se abre con *Nieve nocturna*, que cita Véjar en su prólogo, y cierra con *Viendo Casablanca donde Lorenzo Peirano*, último poema que escribiera Teillier pocos meses antes de su muerte; entre ambos, más de tres décadas y trece publicaciones cruzan una de las creaciones más coherentes de nuestra lírica. Jorge hizo de la vida pasada lo que sigue pasando, por ello su lectura sigue siendo primordial para quienes buscamos refugio en las palabras. Creo pertinente agradecer desde el ahora el trabajo de Francisco Véjar, este saber que se comparte con Jorge Teillier. Ahora sus lectores hablaremos a todos de un mundo oculto en esta otra realidad que se llama, secretamente: poesía.

Sergio Rodríguez
Escritor